

La inmortalidad del agua

Cecilia Vizcaino

Y en estas noches de insomnio es cuando me decido a escribir.

Escuché hace poco, mejor dicho leí, algo acerca de escribir para nadie. No creo que sea muy sincero, pero sí muy real. Esta novela, pese a que todavía no llegó a mis manos, me inspiró este torrente de ideas. El narrador —en criollo, el que cuenta— es un río. ¿Cuál? El Danubio, el que atraviesa Europa del Este, para mayor información. Claro, en Europa todo tiene historia, todo tiene nombre. Donde yo vivo, las cosas son un poco más ambiguas. Tienen y no tienen historia, tienen y no tienen nombre. Es más fácil, y todo se reduce a la fórmula: “Yo, argentino”.

La historia que voy a contar es un poco más breve, porque es la mía, que en definitiva, es y no es breve. Tengo y no tengo historia. Soy: un charco argentino. Soy uno y soy todos, soy agua, agua en constante fluir. Fluir igual cambio, cambio igual Heráclito.

Fluyo, trato de no estancarme, de no quedarme en la podredumbre. Sueño que soy un río, un río desbordante que avanza, que arrasa. Pero no es así —lo sé muy bien, me conozco—, soy chiquito, angosto, humilde. Mi alma es limpia, sin embargo viajo sucio por las calles de Buenos Aires. Me miran con asco sus habitantes; piensan que no se pueden ver reflejados en mis gotas. No se dan cuenta de que lo que reflejo es a ellos mismos: su mugre, su descuido, su impavidez; aunque en el fondo su alma sea buena.

Mis viajes son cortos, pero al mismo tiempo son largos. Tengo muchas cosas que mirar; las personas cambian, los lugares cambian. Allí donde hubo una mercería, ahora hay

un almacén. Cambian las vidrieras, las letras, los colores. También el cielo.

Y yo lo observo todo, trato de no perderme un solo detalle. En mi correr miro las nubes, cómo mutan, cómo se deforman. De nuevo miro a la gente, me paro en un semáforo —no sea cosa que me pisen— y critico. “La crítica es constructiva”, una vez escuché a un abuelo decirle al nieto, ¿o fue al revés?. No puedo evitar criticar, me río, me expando, salpico para tratar de hacer pública mi opinión. Nadie me escucha, sólo me agreden y se alejan apurados. Ya me volverán a ver, o tal vez no.

Continúo mi viaje, me ensancho, me angosto, sigo bajo tierra —perdón, de esa ya no queda— sigo bajo pavimento, avanzo sin pausa, no me estanco. Acá abajo no se ve nada. Probablemente sea mejor, o tal vez peor.

Vuelvo a la luz, la luz de la luna. Y sigo viajando. Tengo que llegar, arrastrar conmigo la suciedad, la negrura de la noche y dejar en pie sólo lo que brilla: la luna.

Es mi tarea limpiar la ciudad, limpiar las culpas de los que la habitan, llevarlas a un lugar donde pasen desapercibidas, donde se pierdan y cada una siga su propio camino, hasta disolverse. Tengo que llegar hasta la última estación, la central, la que me dio origen y me da fin, en un constante fluir.

Y cuando llegue no habrá descanso, todo volverá a empezar, todo continuará. Debo estar atento, ya se acercan las últimas señales indicadoras. Donde desemboca la calle Salguero, donde están los boliches costaneros; allá voy, a encontrarme con un verdadero río, el famoso de la riqueza, donde terminan las penas de los porteños. ¿Cuál? El de la Plata.

